



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 3

CT 112 MISIÓN DE LA IGLESIA

Rooy, Sidney. “Introducción”, “Los luteranos en Venezuela”, “La fe reformada en Brasil”, “Los reformados holandeses en Brasil”. Caps. 1,2 y 5. En *Misión y encuentro de culturas*, 5-18 y 35-38. Buenos Aires: Kairós, 2001.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Introducción

Durante la época colonial en América Latina la llegada de los evangélicos era esporádica y ocasional. Hasta las guerras de la independencia no hubo un ataque coordinado al dominio católico español, ni tentativas evangélicas de gran envergadura para evangelizar a los pueblos aquí presentes. Sí hubo tentativas de establecer asentamientos de colonos protestantes como también esfuerzos locales de evangelización. Uno de los propósitos de este libro es dar a conocer algunos de estos momentos cuando la fe evangélica tocó suelo latinoamericano.

Por supuesto, las tentativas relatadas aquí no son exclusivas. Más bien se las presenta como un botón de muestra del acercamiento evangélico a América Latina. También llegaron los piratas y los corsarios, muchos de los cuales realizaban cultos religiosos a bordo de sus buques antes de sus incursiones y luchas, o de agradecimiento a Dios por sus éxitos. Tampoco hablamos sobre las conquistas y tomas del poder de muchas de las islas del Caribe por las naciones europeas: Dinamarca, Francia, Inglaterra y Holanda. Notable entre esas conquistas fue la de Jamaica en 1655, y la de la isla que nombraron Providencia, por parte de los puritanos enviados por Oliverio Cromwell.

El hilo que une todos los capítulos que siguen, salvo uno o dos, es la llegada a estas costas de los llamados «luteranos», o sea «herejes protestantes» cuya intención era claramente subversiva frente al orden establecido. La clara intención y deseo ferviente de los evangélicos que llegaron a estas tierras fue el desplazamiento de la hegemonía española y la instalación de una sociedad sana y fiel a la profesión del evangelio. En esto, salvo en el caso de los puritanos de Cromwell, no tuvieron éxito. Sin embargo, mantuvieron vivo el desafío a las estructuras establecidas.

Es importante destacar los motivos cambiantes entre los diferentes proyectos evangélicos. Durante los siglos 16 y 17, con una excepción, el objetivo descrito en los varios casos fue establecer cabezas de playa para proyectos colonizadores, involucraron, por lo tanto, dimensiones políticas, económicas y religiosas. Tuvieron el apoyo real de naciones que competían por la riqueza del «Nuevo Mundo»; no sólo naciones protestantes, sino, como en el caso de Francia, católicas.

También hubo fuertes motivos económicos, que tuvieron un impacto marcado en el caso de los holandeses en Brasil, en el siglo 17, y en el de los ingleses en Barbados.

Aunque los motivos económicos estuvieron siempre presentes, podemos afirmar que fueron exclusivos en la importación de los esclavos desde África y, cuando se prohibió esta fuente de mano de obra, de los culíes orientales. Señalamos con tristeza la participación dominante de las naciones protestantes en la trata del africano y del asiático, tan inhumana y cruel. Esta práctica nefasta se extiende sobre todo el periodo que cubrimos, desde el siglo 16 al 19.

Un tercer motivo fue la evangelización de los diversos pueblos aquí residentes. Ya en la primera mitad del siglo 17, en las costas del Brasil, los reformados holandeses hicieron un importante trabajo evangelizador, especialmente entre los indígenas, pero también entre los africanos. Este motivo se encuentra mezclado, en este caso, con el espíritu de colonización.

Los cuáqueros, como movimiento disidente y perseguido, manifestaron motivos puramente evangelizadores, pero trabajaron sólo entre los suyos, o sea los ingleses colonos, mayormente en el Caribe, en los primeros siglos de su presencia. Pero cuando llegamos al siglo 17, la situación cambió radicalmente. Los varios grupos considerados aquí destacaron el testimonio del evangelio y el establecimiento de obras evangelizadoras y educativas entre las varias poblaciones: en Haití los metodistas y bautistas, Diego Thompson en varios países, los moravos en Nicaragua, y las Sociedades Bíblicas.

Los trabajos aquí presentados fueron originalmente publicados en la revista *Iglesia y Misión*. Los reunimos y publicamos nuevamente por varias razones. En primer lugar, queremos crear una conciencia de las raíces históricas de la presencia evangélica en nuestro continente. Es verdad que esa presencia fue esporádica, pero, desde el siglo 17, fue constante en América Central y el Caribe. Creemos que es importante que haya conocimiento de este hecho.

En segundo lugar, al analizar la realidad de esta presencia, concluimos que muchos de los mismos errores del pasado fueron compartidos por los protestantes y los católicos romanos: la tentación constantiniana, la esclavitud de otras razas, la búsqueda de la riqueza a costa del otro, el excesivo nacionalismo, los crímenes morales y el orgullo de personas y grupos. Ya es tiempo de reconocer que la leyenda

negra, que sí tiene mucho fundamento para la conquista española, también forma parte de la historia de* nuestros progenitores evangélicos. El mito que afirma que el trato protestante hubiera sido cualitativamente mejor en América Latina durante los siglos 16 y 17 ha sido desenmascarado no sólo por la participación protestante en el comercio de los esclavos, sino por la colonización realizada por ellos en el mismo periodo histórico, por los ingleses en la India y los holandeses en Indonesia y África del Sur.

En tercer lugar, debemos afirmar que en las tradiciones protestantes hubo conciencia misionera durante los siglos siguientes a la Reforma. Por supuesto, no siempre en la forma que juzgamos mejor desde nuestro cómodo lugar en el siglo 21, ni con la intensidad deseable. Sin embargo, cuando había espacio y oportunidad, los evangélicos compartían el mensaje. Lo comprueba de manera fehaciente la misión holandesa en el Brasil entre los indígenas y los negros, y la libertad religiosa otorgada durante una generación tanto a los judíos como a los católicos. Las buenas relaciones de los evangélicos con los indígenas fue una constante en la mayoría de las instancias: los anglicanos en Honduras, los escoceses en Panamá, los moravos en Nicaragua y los hugonotes en Florida.

En cuarto lugar, queremos estimular la investigación de las instancias de contacto entre los evangélicos y América Latina previas al siglo 20. El material incluido en estos episodios puede ser útil como lecturas sintéticas y contextuales, tanto para cursos de historia como para el conocimiento general en la comunidad evangélica. Pero queda mucho camino por recorrer y esperamos que muchos de nuestros historiadores sigan descubriendo las riquezas y las tragedias de nuestro pasado. Sólo así podremos aprender las lecciones del pasado, de tal manera que comencemos a rectificar el presente con vistas a un futuro mejor.

Johan Huzinga, reconocido historiador holandés, afirma que la historia es la forma espiritual en que una cultura rinde cuentas de su pasado. Por supuesto, por «forma espiritual» se refiere al espíritu de la época bajo consideración. Así, en su libro ilustrado *El otoño de la Edad Media*, investiga y analiza la religiosidad popular de la época para demostrar cómo el pueblo común respondía a los mitos y promesas, muchas veces vacías, de su tiempo. Lo que trató de hacer, con mucho éxito me parece, fue mostrar que lo verdaderamente significativo de la

historia no está dado por la elite superior y dirigente, sino por la experiencia del pueblo común.

Los disidentes en la historia, con todas sus fallas y, a veces, su fanatismo, llevan adelante la dinámica de las fuerzas históricas que al final producen cambios, o resultan en la represión, que produce el estancamiento y debilitamiento de las fuerzas sociales. Esto lo vemos con frecuencia en la historia. No es que los agentes del cambio sean siempre, o aun generalmente, superiores moralmente a los demás. Reinhold Niebuhr tiene razón en afirmar en su libro *Hombre moral en una sociedad inmoral* que nosotros no somos moralmente superiores a Wesley, Lutero, Aquino o Agustín. No hay razón para pensar que, con nuestras matanzas masivas del siglo 20, estemos progresando. Pero sí la hay para decir que, con el crecimiento del conocimiento y el poder, ahora somos capaces de hacer el mal de manera catastrófica o de hacer el bien de manera superlativa.

La ambigüedad de nuestro momento histórico no permite una resolución ni un juicio fácil acerca de nuestra situación crítica y enigmática en este nuevo milenio. El mito del progreso para la mayoría de nuestras poblaciones resulta ser precisamente eso: un mito en el que no se cree más. Entonces, ¿a dónde vamos? ¿Con qué criterios juzgamos el pasado y el presente? ¿Cómo reordenamos nuestras prioridades de tal manera que aprendamos de los aciertos y los errores (¡y horrores!) del pasado, y construyamos un futuro con significado y esperanza para los excluidos?

Creo que los ejemplos de sacrificio y valentía que siguen, aunque a veces equivocados, nos llaman a ser participantes («teólogos» decía Juan Mackay), no del balcón, sino del camino, con los riesgos que esto demanda. Sólo así podemos descubrir los pasos del que dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Los discípulos fieles no teorizan de manera abstracta, sino que llegan más cerca de la verdad en la praxis de entrega a Jesucristo para el bien del otro.

Los luteranos en Venezuela

El título de este capítulo encierra un punto bastante espinoso. En los libros de historia figura a menudo el acuerdo entre los banqueros alemanes Welser y el emperador Carlos V para la exploración y explotación de Venezuela. Esto, por supuesto, era muy extraño en el Nuevo Mundo, pues éste parecía estar reservado para la fuerza monolítica de la nación española y la cristiandad católica. Las listas de participantes de las embarcaciones fueron minuciosamente revisadas para proteger a las costas prístinas de América de la presencia de los judíos y los herejes luteranos.

En 1528, sólo siete años después de la conquista de México, Carlos V entregó para ser conquistada la parte occidental de Venezuela, desde el Cabo de la Vela hasta Maracapaná, con la condición de que se establecieran dos ciudades y tres fortalezas en los lugares más apropiados.

La firma alemana tenía el derecho de nombrar los gobernadores (con el título de «adelantados») con su teniente general, pagarles el 4% de los quintos reales y esclavizar a los indígenas que se rehusaran a obedecer. El motivo de Carlos V era la urgente necesidad de dinero. Jean-Pierre Bastian piensa que la causa radicaba en los gastos de su boda con Isabel en 1526.¹

Fueron los Fugger y los Welser, acaso los más ricos comerciantes de Europa, los que proveyeron a los poderosos de aquel tiempo, incluso al papado, mucho del capital necesario para sus grandes empresas. Augsburgo (ciudad conocida por su activo papel a favor de la Reforma luterana) era el centro comercial de la familia Welser. Allí, en 1530, se firmó y se le presentó al mismo Carlos V la famosa Confesión de

¹ Jean-Pierre Bastian, *Historia del protestantismo en América Latina*. Casa Unida de Publicaciones, México, 1986, pp. 38-39.

Augsburgo, quizá el credo más conocido e importante de toda la Reforma del siglo 16. Volveremos a esto más adelante.

Durante las primeras dos décadas del siglo 16, numerosos ataques por parte de piratas y cazadores de esclavos dejaron una profunda enemistad con los naturales de la zona. Esto fue descubierto por el dominico Bartolomé de Las Casas, quien había recibido del rey la autorización de iniciar una colonización pacífica de Venezuela. Los indígenas habían matado a dos frailes dominicos. La Real Audiencia de Santo Domingo encomendó a Gonzalo de Ocampo la pacificación de las costas venezolanas. Se estableció la ciudad de Cumaná. En ausencia de Ocampo, en enero de 1521, Las Casas llegó desde España acompañado de menestrales y labradores de Castilla para comprobar su convicción que era posible establecer relaciones y pacificar a los indígenas sin el uso de armas.

Sin embargo, las amargas experiencias previas de los indígenas, su carácter belicoso y su resistencia a la invasión de sus territorios por extraños causaron el fracaso y la terminación del proyecto.

Siete años después, en 1528, llegaron a las tierras hostiles de Venezuela Ambrosio Alfinger y Nicolás Federmann como gobernador y vicegobernador. La historia de sus explotaciones, saqueos, conquistas y derrotas no es muy edificante. Parece que la leyenda de El Dorado, con sus minas de oro, encegueció a españoles y alemanes por igual. En Cumaná, Cubagua y otros lugares había pesca de perlas, pero para 1540 ésta disminuyó considerablemente. Las mejores minas no fueron descubiertas, según F. B. Figueroa, hasta después de la empresa de los Welser. Sin embargo, en las largas y duras expediciones se encontraron suficientes riquezas como para inspirar a otros a seguir el camino.

La vida de los gobernadores alemanes no era larga en estas luchas hechas frecuentemente a fuego y sangre. El gobernador Alfinger duró tres años; su sucesor, Juan Alemán, dos; el que le siguió, Jorge Spira (Speier), seis; Henrique Rembolt, uno solo; y, finalmente, Felipe de Urre, cuatro años. Sólo el primer vicegobernador, Federmann (m. 1542), después de muchas exploraciones y saqueos, logró regresar a España, donde publicó sus recuerdos y fue enjuiciado por los propios Welser

“Federico Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial*, Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1963, p. 81.

por robo de oro y piedras preciosas, y «por haber arruinado al país y la gente que le habían sido confiados».³

Uno de los tesoros buscados por los conquistadores fue siempre el mercado de compraventa de esclavos. La compraventa de gente para la gran empresa de la conquista era poco cuestionada por la conciencia cristiana. Según Voloida Teitelboim, «se calcula que vendieron más de un millón de indígenas en los mercados de Santa Marta, de Jamaica, de las islas San Juan y en la propia La Española donde tenía sede el Tribunal Superior de la Real Audiencia».⁴ * No sabemos cuántos fueron esclavizados en Venezuela durante esta época, pero R. M. Baralt testimonia que fueron numerosos?

El comercio de la esclavitud negra, comenzado por Portugal y continuado por Inglaterra y Holanda, entró temprano en el Caribe. Ya en 1501 era permitida la importación en La Española. El primer asiento se concretó en 1517 con una resolución de importar cuatro mil negros. Esta licencia se vendió a los banqueros genoveses y trajo una ganancia para ellos de casi 300.000 ducados. En 1528, el rey concedió a los Welser el privilegio de introducir esclavos mediante el pago de 26.000 ducados. La minuta reza así: «Dáseles facultades de llevar a las Indias cuatro mil esclavos y venderlos al precio que puedan, siendo la tercera parte hembras».⁶ ⁷ * Parece que llegaron unos 2.500. Se firmó otro contrato en 1536 para las pesca de perlas.

El problema de la misión en Venezuela fue difícil. Los indígenas se enajenaron de los españoles debido al robo y los saqueos que sufrieron periódicamente, y cuando había contactos entre ellos eran normalmente de enfrentamiento. Misiones tempranas, tanto de dominicos como de franciscanos, fueron destruidas. En 1519 se establecieron dos monasterios, con planes para poner cinco más con cuatro monjes en

¹ Bastían, *op. cit.*, p. 39.

⁴ *ibid.*

Rafael Baralt, *Historia de Venezuela*, Descleé de Brouwer, París, 1939, capítulo VIII.

⁶ Figueroa, *op. cit.*, p. 98.

⁷ Guillermo Morón, *A History of Venezuela*, George Alien & Unwin Ltd., Londres' 1964, p. 51.

cada uno, pero fueron destruidos en 1520, con la pérdida de la vida de dos franciscanos. Al año siguiente tuvo lugar el esfuerzo pacífico de Bartolomé de Las Casas, que terminó en una derrota muy amarga para él. La crueldad de la represión española eliminó las esperanzas de mayor éxito en el futuro. Las primeras misiones permanentes se establecieron en Cumaná después de 1560.

En esta escena llegó «la colonia Welser», como se suele llamarla. Ha sido difícil reunir información precisa sobre la conformación de esta «colonia».⁸ Dice Baralt que llegaron Alfinger y Seiler (¿Federmann?) a Coro, en 1528, «con 400 infantes españoles y 80 caballos».⁹ En 1530 salió Alfinger de nuevo al interior «con 180 hombres de arma».^{10 11 12} En 1534 salió Jorge Spira desde España «con 400 hombres de arma, españoles y canarios». Después de una expedición de cuatro años, volvieron al Cabo con sólo 90 hombres vivos. Sobre esto Baralt comenta: «Los castellanos hicieron alarde de una constancia y un sufrimiento dignos de mejores propósitos».¹¹ Prosigue señalando que en 1541 salió Felipe de Urre con 130 hombres armados, sin designar de qué nacionalidad, aunque su maestre de campo era Pedro Limpias, de apellido español.¹²

La capitulación firmada con los Welser permitió la importación de cincuenta mineros alemanes. La intención obviamente era prometer el uso de sus talentos en la extracción de oro. El hecho es que la búsqueda de El Dorado legendario resultó un fracaso. Según A. de Humboldt, El Dorado era «un fantasma que parecía huir a los españoles y que los llamaba a todas horas».¹³ Quedan en el tintero algunas preguntas.

Falta saber cuántos alemanes efectivamente establecieron su residencia en Venezuela. ¿Fueron solamente los gobernantes y los

⁸ Rafael Baralt (véase la nota 5) es la única fuente a nuestra disposición que da números específicos.

Baralt, *op. cit.*, p. 170.

¹⁰ *Ibid.*, p. 172.

¹¹ *Ibid.*, p. 181.

¹² *Ibid.*, p. 185.

Antonio de Engaña, *Historia de la iglesia en América española*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1966, p. 24.

Misión y encuentro de culturas

mineros? Parece que los Wesler tenían filiales en Sevilla y Zaragoza, y que las expediciones salieron desde España. Desde 1535 hubo un orden de que todos los nombres de los que participaban en estas expediciones tenían que ser aprobados por las autoridades españolas.

En segundo lugar, ¿qué clase de «luteranos» eran estos hombres? Sabemos que Augsburgo se colocó al lado de la Reforma. Parece difícil comprobar lo que afirma Bastian, que Alfinger y Federmann eran luteranos y firmantes de la confesión de Augsburgo. Pienso que los firmantes fueron los príncipes que presentaron la Confesión directamente al emperador en 1530. Hubiera sido difícil que la Confesión fuese firmada posteriormente en Venezuela por los dos gobernantes. Sabemos que Alfinger ya había muerto en 1531. Sinclair dice que los padres de Federmann habían sido firmantes. Según Lars Qualban, historiador luterano, «por el año 1532 toda la colonia había aceptado la fe luterana», lo que parece equivocado.¹*

La tercera pregunta se refiere a la situación del catolicismo durante este periodo. Es claro que la Iglesia Católica siguió funcionando en estas tierras, como también las misiones. El dominico fray Montesinos llegó en 1528 para proteger los derechos e intereses de los indígenas. Según algunos historiadores, llegaron el clero ordinario, agustinos y dominicos, con las expediciones de los Wesler, y participaron en las incursiones de Federmann al interior del país. En el ínterin, entre la muerte de un gobernador alemán y el nombramiento de su sucesor, representantes del clero católico, como Rodrigo de las Bastidas, el primer obispo de Coro, tomaron temporalmente las riendas del gobierno. En 1530 se erigió en el obispado la pequeña iglesia de Coro, y en 1532 se convirtió en catedral por autorización del Sumo Pontífice Clemente VII. La presencia numerosa de los soldados españoles requirió sacerdotes para su cuidado espiritual. Las pequeñas poblaciones españolas ya establecidas siguieron leales a su pasado.

También debemos recordar que en 1527 y 1528 Lutero estaba visitando las iglesias. Desconcertado por el poco conocimiento de la fe, escribió sus catecismos para promover la educación del pueblo. Aquí

*** CEHILA, *Historia general de la Iglesia en América Latina. Vol: Colombia y Venezuela*. Sígueme. Salamanca. 1981. pp. 244-245. La sección sobre historia protestante fue escrita por Luán Sinclair.

surge la última pregunta. Recién durante la década de los años veinte los príncipes de Alemania estaban ubicándose a favor de Lutero o de la Iglesia Católica Romana. Las Dietas de Regensburg y de Espira trataron de resolver esta controversia, sin llegar a una resolución satisfactoria. Cada príncipe tendía a imponer su convicción en su territorio, no con todo éxito, por supuesto. ¿Es posible, en este contexto, hablar del traslado de una colonia «luterana» a Venezuela apenas siete años después de la condenación de Lutero por la Dieta de Worms en 1521?

En medio de esta revuelta religiosa europea, algunos banqueros muy dependientes, también de sus negocios con el emperador católico emprendieron el flamante negocio de los explotadores. Su interés exclusivo era lo que daba dinero: los intereses, el oro y el comercio. No sorprende, por tanto, el juicio amargo de Las Casas sobre toda la empresa:

... de ahí resultó la perdición y la ruina total de esta provincia pues conociendo sus soldados que no llevaban intención de poblar en nada lo que conquistasen ... pues sólo había de tener utilidad lo que cogiesen de encuentro sin que les detuviesen la piedad ni los atajase la compasión; como furiosos desatados talaron y destruyeron amenísimas provincias y deleitosos países.



La fe reformada en Brasil

Desde 1504 y durante la primera parte del siglo 16, barcos franceses frecuentaban Brasil por razones comerciales y en ocasiones lucharon contra los portugueses. A mediados del mismo siglo, la lucha entre católicos y protestantes aumentaba en Francia. Muchos habían aceptado la fe reformada, y entre 1540 y 1560 más de diez mil abandonaron Francia bajo persecución para radicarse en Ginebra y en otros países. No sabemos con certeza porqué se llamaba «hugonotes» a los reformados franceses, pero sí sabemos que los primeros misioneros reformados llegaron desde Francia, con una pequeña colonia de ellos, a las costas de Brasil, en 1555.

Entre los aventureros franceses estaba Nicolás Durand de Villegnon, un caballero de Malta, distinguido en el servicio francés y que se desempeñó como capitán del barco que llevó a María, reina católica de los escoceses, a su patria. Decidió fundar una colonia en la bahía de Río de Janeiro y buscó el apoyo del gran líder de los hugonotes, el almirante Gaspar de Coligny (de Chatillon), quien fue asesinado posteriormente en la matanza de San Bartolomé (1572). Coligny apoyó la posibilidad de establecer colonias en el Nuevo Mundo, tanto en Río (llamado «la Francia antártida»), como en Florida y Carolina, en América del Norte, seis años más tarde.

Coligny pidió autorización al rey Enrique II y consiguió el apoyo real para disponer de dos barcos bien equipados y diez mil libras para el viaje. La colonia se estableció el 10 de noviembre de 1555 en la isla de Serigipe, que Villegnon llamó «Coligny». Una rebelión incipiente de algunos del grupo contra el maltrato fue denunciada a Villegnon, quien dio órdenes de matar a dos y condenó a catorce al servicio como esclavos. Se sintió la necesidad de contar con refuerzos, y el sobrino de Villegnon solicitó, tanto a la iglesia de Ginebra como a Coligny, el envío de dos pastores para establecer la fe reformada en Brasil, y de otras personas de reputación, de ambos sexos, casadas o solteras. Se

aseguró a los obreros que se les daría un buen pago, a las mujeres casadas, pensiones, y a los que quisieran volver a Francia, derecho a pasajes gratuitos. La iglesia reformada de Ginebra, reunida en asamblea, dio gracias a Dios por abrir esta puerta para la expansión del Reino de Jesucristo.

Colingny apeló de nuevo al rey Enrique II para apoyar esta nueva colonia en Brasil y consiguió tres barcos con 300 tripulantes, la mayoría católicos o no religiosos. Calvino y la iglesia de Ginebra mandaron dos pastores, Pierre Richier y Guillaume Chartier, y diez artesanos (algunos autores dicen que se trataba de estudiantes de teología): Pierre Bourdon, Matthieu Verneuil, Joan du Bourdel, André La-Fon, Nicolás Denis, Jean Gardien, Martín David, Nicolás Raviquet, Nicolás Carneau y Jacques Rousseau.

Felipe de Corguileray y du Pont fue nombrado jefe del grupo y Jean de Léry, historiador. Los catorce hugonotes llegaron después de seis meses de viaje con todo el contingente el 7 de marzo de 1557.

La primera iglesia reformada se estableció en América Latina el 10 de mayo, bajo la doctrina y las reglas de Ginebra. El primer domingo predicó el pastor Richier sobre el Salmo 27.4, y el domingo siguiente, el 21 de marzo, celebró la Cena del Señor. Había predicaciones todos los días y dos veces los domingos. Carneau extrañó demasiado a Francia y volvió pronto, con una carta de Villegegnon para Calvino, en la cual le agradecía el envío de los pastores y los demás feligreses. Hubo conversiones entre los indios amigos.

Pronto surgieron los problemas insuperables. Entre los demás colonos había un ex fraile, Jean Cointoc, académico de la Sorbona, que propuso la adopción de la fe católica ortodoxa. Tanto él como Villegegnon sostenían la transubstanciación, la invocación a los santos, las oraciones por los muertos, el purgatorio y el sacrificio de la misa. Hubo debates en los que Cointoc y otro colono se convirtieron a la fe de los hugonotes. Uno de los catorce, Chartier, fue enviado el 4 de junio de vuelta a Ginebra para conversar sobre los puntos controvertidos. En el ínterin no se permitía la celebración de cultos y sacramentos. La persecución de Villegegnon aumentaba, y los protestantes abandonaron la isla en octubre para buscar paz en tierra firme. Ahí siguieron con sus esfuerzos para propagar la fe.

El 4 de enero de 1558, du Pont, Richier y catorce fieles decidieron regresar a Europa a bordo del barco «Jacques». Pero apenas a 18 leguas

Je la costa el barco empezó a hacer agua, y cinco tuvieron que regresar para disminuir el número de pasajeros. Les tocó a Bourdon, du Bourdel, Verneuil, La-Fon y le Balleur. Villegegnon pidió una definición de su fe por escrito. Con la aprobación de los otros, du Bourdel escribió una confesión de fe de diecisiete artículos —el primer credo reformado escrito en las Américas— claramente calvinista, con una apología contra las doctrinas romanas. Mientras tanto, le Balleur escapó a tierra firme y el 9 de febrero de 1558 tres de los otros cuatro fueron estrangulados y, atados de pies y manos, arrojados al mar desde los arrecifes. Sólo La-Fon, debido a que era el único sastre de la colonia, salvó su vida.

A todo esto, el barco de la misión con los miembros restantes llegó a Francia el 25 de mayo. Le Balleur continuó con éxito su predicación del evangelio en tierra firme brasileña. Aumentaban los oyentes hasta despertar una tenaz oposición por parte de los jesuitas, por lo que le Balleur fue encarcelado durante ocho años. El inquisidor cardenal D. Henrique lo condenó a la hoguera en julio de 1562, pero mediante una apelación no se llevó a cabo su asesinato. José de Anchieta, el conocido misionero jesuita, abogó por la ejecución, con el argumento de que su larga suspensión era una ofensa contra Dios. Así, el 20 de enero de 1567 le Balleur fue ajusticiado, y con él la primera y trágica tentativa reformada de establecerse en las Américas.

No queda mucho por agregar, pero quisiera hacer tres observaciones. En primer lugar, no debemos ser demasiados severos con el gran jesuita José de Anchieta —tan estimado en ciertos círculos católicos— por la forma en que participó en la ejecución de le Balleur, ni por sus escritos que la justifican por razones religiosas. En su tiempo la religión era de tanta importancia como para juzgarla un asunto de vida o muerte. La blasfemia contra Dios y la herejía eran crímenes infinitamente más grandes que las ofensas civiles contra seres humanos. Así también debemos entender a Calvino en la condena de Servet y a Lutero y los campesinos. Eran tiempos de violencia cuando no sólo miles, sino cientos de miles fueron muertos en guerras religiosas. Sabemos, además, que en América Latina hoy mueren hombres y mujeres porque sus asesinos piensan que, al defender la fe cristiana, están haciendo un favor a Dios.

En segundo lugar, no debemos aceptar fácilmente la posición sustentada por muchos, incluso los historiadores protestantes, de que los reformadores no se preocuparon por la misión. Aunque es

imposible encontrar citas que pueden interpretarse en tal sentido, queda mucho más por decir, tanto en el caso de Lutero como en el de Calvino. Cabría mencionar a pastores y misioneros entrenados por Calvino en Ginebra y la Academia, y enviados a muchos países, especialmente a Francia, donde se vieron involucrados en una guerra civil por la fe. No era posible en aquel entonces separar la fe individual, que había que propagar, de las cuestiones políticas y sociales, y este era frecuentemente un asunto de vida o muerte. La historia de la misión reformada en Brasil confirma la intención misionera de los reformadores.

En tercer lugar, no debemos buscar la gloria ni sentirnos defraudados por lo que pasó. La traición de Villegegnon a los hugonotes no debe sorprendernos, ya que han sucedido cosas así frecuentemente. Quizá sirva para confirmar una de las doctrinas más criticadas de la Reforma: el radicalismo del pecado humano.

Todo esto, además, nos advierte que los tiempos no están en nuestras manos. No debemos sentirnos eufóricos cuando tenemos éxito, ni demasiado deprimidos cuando sobreviene el fracaso. Tomás Merton, el trapense, lo dice de manera por demás hermosa:

No hay que depender de la esperanza de resultados. Cuando estás haciendo el tipo de trabajo que has elegido —especialmente una obra apostólica— quizás tendrías que, aun sin alcanzar ningún resultado sino lo contrario de lo esperado, concentrarte, no en los resultados, sino en el valor, en lo justo y en la verdad de la obra misma ... Todo el bien que hagas no vendrá de ti mismo sino del hecho de que has permitido que tú mismo —en la obediencia de fe— seas usado por el amor de Dios.

Me parece que tiene razón: los reformadores actuaron así y nosotros no deberíamos hacer menos.

Los reformados holandeses en Brasil

La segunda tentativa importante de establecer la fe reformada en Brasil ocurrió entre 1624 y 1654. La mayor parte de la extensión de la fe cristiana en los siglos 16 y 17 acompañó la expansión política y comercial de las naciones de Europa. América Latina no fue una excepción: lo mismo ocurrió con el establecimiento de iglesias y misiones reformadas en Brasil.

Durante el siglo 16, Portugal estableció, de manera discontinua y esparcida, campamentos, poblaciones pequeñas, chacras y estancias en la costa oriental del Brasil. Hubo poca penetración hacia el interior y escasa comunicación entre los asentamientos. No podía compararse con los centros de riqueza y poder que representaban la Nueva España y el Perú. La dependencia tributaria y política de Portugal bajo la corona española entre 1580 y 1640, y la declinación del poderío naval peninsular después de la derrota de su flota armada en 1588, abrieron espacio para otros países.*

Aquí entra Holanda. Su crecimiento en poder económico y comercial estuvo ligado estrechamente a su poder naval. Durante la primera parte del siglo 17, sus barcos y flotas vagaban por los mares saqueando los barcos cargados con productos destinados a los puertos europeos. No importaba mucho su nacionalidad: atacaban a los barcos ingleses y franceses igual que a los españoles. El legendario capitán Piet Heyn es inmortalizado todavía en los cantos y cuentos para los niños holandeses.

Se estableció la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, cuyos propósitos incluían establecer una colonia de agricultura en Brasil, controlar el comercio de esclavos de la costa occidental de África, y socavar el dominio portugués, tanto en Occidente como en Oriente.

Los ataques holandeses no se limitaron a Brasil, sino que incluyeron las islas francesas y británicas del Caribe. Todos estos países estuvieron severamente limitados en su capacidad de resistencia, por causa de su

participación en la guerra de los *Treinta Años* que sufría Europa en esa época (1618-1648).

La primera ocupación de Bahía, en 1624, duró poco más de un año. La corona española en Madrid desarrolló dos acciones: primero, envió instrucciones a Lisboa, requiriendo penitencia por los crímenes que pudiera haber ocasionado esta venganza divina; se establecieron novenas en todo el país, con liturgias, oraciones y procesiones especiales; se expuso la hostia en cada iglesia y se envió una ofrenda de cien mil coronas para ayudar en la recuperación de la ciudad; segundo, se despachó una flota de cuarenta barcos con ocho mil soldados para asegurar el éxito de la reconquista.

La segunda ocupación duró desde 1630 hasta 1654. Lejos de llegar movidos por motivos religiosos, la vida de muchos colonos confirmaba su avaricia, y su conducta hacia los indios y negros fue depravada. Solamente una minoría demostró piedad personal y vocación social.

Sin embargo, como era costumbre, los comerciantes venían acompañados por aquellos que se desempeñaban ministrando a los soldados y marineros, y sirviendo como pastores a los colonos y la misión. Ya en 1635 los holandeses ocupaban casi dos mil kilómetros de la costa, incluyendo los distritos de Pernambuco, Itamaracá, Paraíba y Río Grande. Al principio hubo persecución contra el clero y la Iglesia Católica, pero una vez establecida la dominación hubo una relativa libertad de culto para los judíos y católicos, bajo el ilustre gobernador, el príncipe Mauricio de Nassau (1637-1644). Estos últimos tenían prohibido evangelizar fuera de sus templos y recibir fondos del estado para su obra. Mauricio aconsejaba a la iglesia no evangelizar entre los católicos portugueses. Dijo: «... es mejor que ellos conserven sus sacerdotes y sus iglesias». Antes de prestar juramento como gobernador de Brasil, había prometido apoyar a la religión reformada y propagarla, en cuanto fuera posible, entre «los gentiles ciegos».

Durante la ocupación holandesa llegaron cuarenta pastores, ocho misioneros para trabajar entre los indios, y muchos obreros laicos llamados «consoladores» que ministraban especialmente a los enfermos. Todos estaban bajo la autoridad y la supervisión de la Iglesia Reformada en Holanda. Existe un archivo en Holanda con el registro de todas las actas de las *clasis* (presbiterios) y sínodos realizados en Brasil en el siglo 17. Se tradujeron al portugués en 1912 por Pedro Santo Maio (*Religiao Cristao Reformada no Brasil no Seculo XVII*).

Varias iglesias se establecieron en la región, y se eligieron ancianos gobernantes en las congregaciones principales. Algunos de los lugares fueron Pemanbuco, Recife, Olinda, Serinhaem, Itamaracá, Cabo de Santo Agostillo, Paraíba, Restinga, Muribecá, Porto Calvo, Forte Norte y Forte Sur de Paraíba, San Antonio do Goiana, Sao Francisco, Cinco Pontas, Porto Ernesto, Forte, Orange, Ceará, Maurícia, Tapeçerica e Iguarassú. Se formaron los presbiterios (*clasis*) de Recife y de Paraíba, constituidos por el pastor y un anciano de cada congregación como delegados. La primera reunión del sínodo se realizó en julio de 1644.

Las actas de los sínodos afirman el calvinismo riguroso y puritano que la iglesia exigía de sus fieles. Eran frecuentes las apelaciones al Consejo Supremo del gobierno civil para que velase por la moral de los ciudadanos, muchos de los cuales tenían poco interés en asuntos espirituales y eclesiásticos. Se pronunciaron contra el adulterio, la prostitución, la blasfemia, el juego por dinero, la profanación del domingo, el divorcio, la poligamia y los duelos, y a favor de la protección de huérfanos y la creación de escuelas.

Los sínodos se preocuparon también por la gente del pueblo. Pero se trataba de una situación social sumamente complicada. En la América española coexistían dos pueblos: el blanco y el indio; en el Brasil colonial, tres: el indio, el portugués y el negro, mientras que en el Brasil holandés había cinco: los tres anteriores más los pueblos judío y holandés. Los pastores que llegaron fueron encargados de fundar y edificar la iglesia de Dios por medio de la predicación de la Palabra de Dios. Su encargo era típicamente calvinista. No se trataba sólo de la conversión de individuos, aunque ésta era importante, sino de la implantación de una comunidad cristiana en medio del nuevo contexto social.

Se nombraron pastores misioneros con el encargo de establecer pueblos de indios, integrando así al indio como parte de una sociedad cristiana que, en ciertos aspectos, se asemejaba al modelo jesuíta de las reducciones. Pero los integrantes de los pueblos quedaban en libertad de movimiento y acción, y eran en gran parte gobernados por ellos mismos. Los primeros misioneros fueron David Doorenslaer (1638) y Juan Edwards (1640).

Celebraron la Santa Cena con adultos indígenas por primera vez en el año 1640. Era necesario trabajar en tres idiomas: portugués, tupí y holandés; así lo decidió el *clasis* de Pernambuco en 1639.

Dos maestros holandeses con muchos hijos entraron en la obra para apoyar el aprendizaje del holandés entre los niños indios. Se publicó un

catecismo trilingüe impreso en tres columnas paralelas para fortalecer el aprendizaje de los tres idiomas. Se nombraron catequistas indígenas para extender y profundizar la labor de evangelización. Aun después de la salida de los holandeses quedaron evidencias de su tentativa de implantar una fe encamada en una comunidad cristiana. El indio Pedro Potí, que había desempeñado la función de capitán en una aldea de su pueblo, escribió una carta en tupí a un primo católico diciéndole que su fe estaba fundada sólo en Cristo y no contaminada con «la idolatría» suya. Se ponía énfasis en la instrucción diaria de los indios.

Los sínodos afirmaron que el propósito principal de la adquisición de los negros era traerlos al conocimiento de Dios y de la salvación. Era necesario asegurar este fin en el cambio de dueños, cuidar de no separar las familias constituidas, y observar el precepto del descanso dominical. Se preocupaban por la libertades otorgadas a los judíos y su crecimiento en número y poder, y preguntaban al poder civil si no convenía restringir sus actividades que eran «una desmoralización y un perjuicio para los cristianos, escándalo para los indios y portugueses, y un debilitamiento de nuestro gobierno».

Se objetaron las procesiones públicas católicas, la edificación de nuevos templos y cruces, y la importación de nuevos sacerdotes de Francia, reclamando una acción apropiada del gobierno civil. A veces había acciones acordes con lo pedido por la iglesia, otras veces el gobierno era moroso en la atención a los reclamos eclesiásticos, particularmente los relacionados con la libertad religiosa. Había una tensión saludable entre las dos partes.

Mientras que la iglesia se preocupaba por la moral, la misión y los asuntos eclesiásticos, Holanda comenzó la guerra con Inglaterra por el dominio de los mares. Sin reservas militares y navales disponibles, y con el deseo fervoroso de los patriotas portugueses a favor de la independencia, las fuerzas holandesas perdieron progresivamente el control de su dominio. Las batallas de Guaranaes (1648 y 1649) vislumbraron el fin. La flota portuguesa llegó a Pernambuco en 1653. Se firmó la capitulación de Taborda al año siguiente y, en 1661, Holanda renunció a todo reclamo de dominio sobre Brasil.

Así terminó la colonización holandesa y la presencia de la fe reformada en Brasil. Pasarían casi dos siglos antes de que la evangelización protestante comenzara de nuevo.